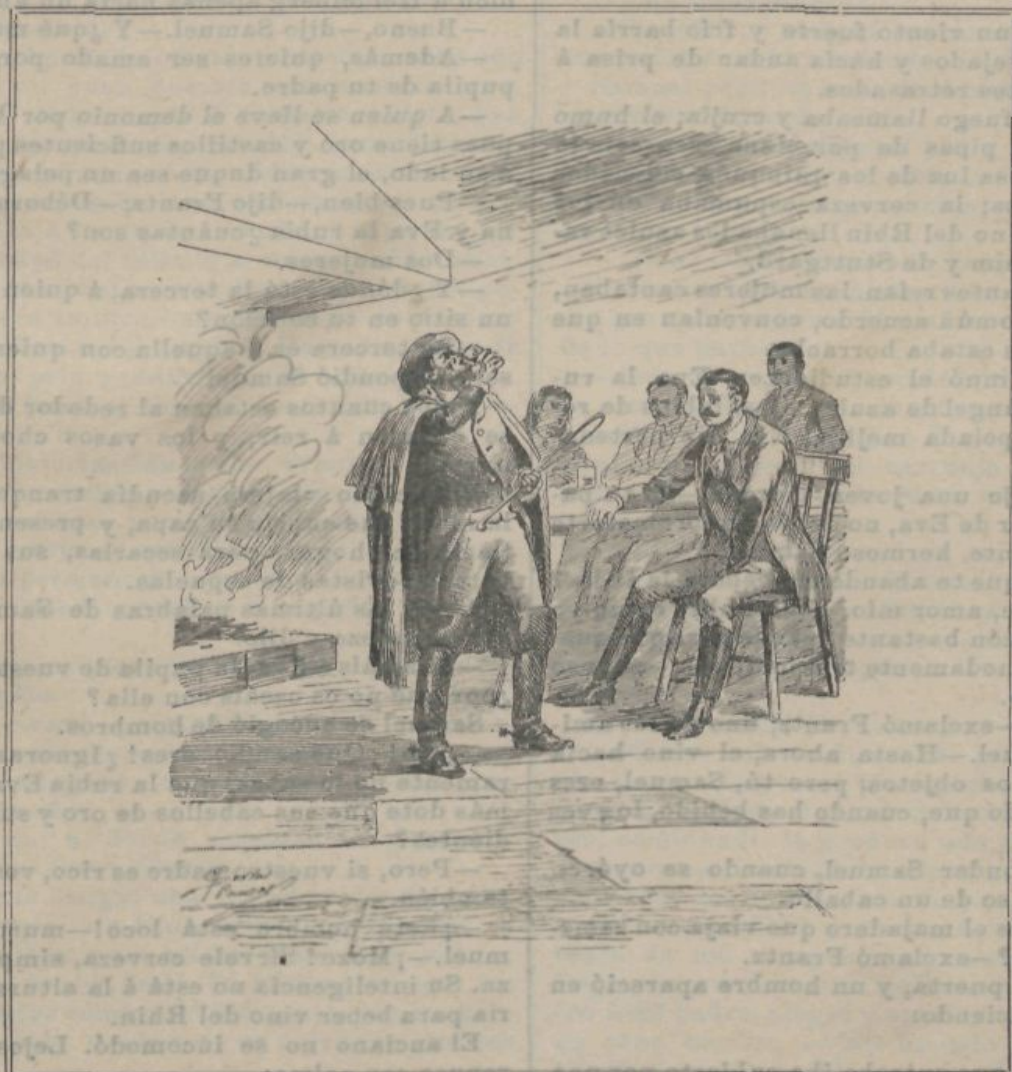


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, enero de 1896 ✧ NÚMERO 65



LA HERENCIA DE UN CÓMICO

POR

PONSON DU TERRAIL

PRIMERA PARTE

I

—Tan cierto como yo soy el peor sujeto de cuantos concurren á la Universidad; tan cierto como todos cuantos me oís sois unos imbéciles, os juro que antes de ocho días será mi amante la rubia pupila de mi padre, á quien Satanás se lleve pronto, pues tengo ya hambre de heredarle.

Estas impías palabras fueron dichas, una noche de invierno, en una cervecería llena de estudiantes y *grisetas*, á orillas del Nekar y á tres pasos del antiguo puente de Heidelberg.

Por fuera, un viento fuerte y frío barría la nieve de los tejados y hacía andar de prisa á los transeúntes retrasados.

Dentro, el fuego llameaba y crujía; el humo de las largas pipas de porcelana oscurecía la opaca y dudosa luz de los quinqués, colocados sobre la mesa; la cerveza espumaba en los *chops*, y el vino del Rhin llenaba los azules vasos de Mannheim y de Stuttgart.

Los estudiantes reían, las mujeres cantaban, y todos, de común acuerdo, convenían en que Samuel Kloss estaba borracho.

—Sí,—continuó el estudiante;—Eva la rubia, Eva, el ángel de azules ojos, labios de rosa y aterciopelada mejilla, Eva me pertenecerá.

—¡Oh!—dijo una joven morena.—Si tu padre es el tutor de Eva, no debes comprometerte tan ligeramemente, hermoso Samuel.

—¿Temes que te abandone, Débora la judía? Tranquilízate, amor mío. Un hombre como yo tiene el corazón bastante grande para que quepan en él cómodamente tres mujeres,—repuso el estudiante.

—¡Bravo!—exclamó Frantz, uno de los amigos de Samuel.—Hasta ahora, el vino hacía ver dobles los objetos; pero tú, Samuel, eres tan espléndido que, cuando has bebido, los ves triplicados.

Iba á responder Samuel, cuando se oyó en la calle el paso de un caballo.

—¿Quién es el majadero que viaja con semejante tiempo?—exclamó Frantz.

Abrióse la puerta, y un hombre apareció en el umbral, diciendo:

—Yo.

El hombre que entraba iba cubierto por una ancha capa salpicada de nieve.

Era anciano, de severo aspecto, y sus negras cejas formaban rudo contraste con sus cabellos casi blancos.

—Yo,—repitió, yendo á sentarse á un extre-

mo del hogar.—Y vosotros, picarescos jóvenes, sois muy felices no teniendo otra cosa que hacer sino reír, beber, cantar y acariciar á estas bellas niñas.

Al decir tales palabras, se quitó el sombrero y saludó á las mujeres.

—Me agrada este viejo,—dijo Samuel.—Me parece que debe soportar el vino del Rhin, como mi asno soportaría el tonel del castillo, que es tan grande como un templo. ¿Quieres echar un trago, viejo?

Y presentó su propio vaso al viajero.

—Con mucho gusto.

El viajero tomó el vaso y lo vació de un trago.

—¡A vuestra salud!—dijo.—Y no os molestéis por mí. Continuad vuestra conversación. Samuel se volvió hacia Frantz.

—¿Qué decías antes?—le preguntó.

—Que tú veías los objetos triplicados.

—¡Ah! ¡Ah!

—Débora es tu amante.

—¡Y á mucha honra!—dijo la judía, una hermosa hija de Israel que había ido de Munich á Heidelberg apenas hacía un año.

—Bueno,—dijo Samuel.—Y ¿qué más?

—Además, quieres ser amado por Eva, la pupila de tu padre.

—A quien se lleve el demonio por la posta, pues tiene oro y castillos suficientes para que, á su lado, el gran duque sea un pelagatos.

—Pues bien,—dijo Frantz;—Débora la morena y Eva la rubia ¿cuántas son?

—Dos mujeres.

—Y ¿dónde está la tercera, á quien reservas un sitio en tu corazón?

—La tercera es... aquella con quien me case,—respondió Samuel.

Todos cuantos estaban al rededor de la mesa se echaron á reír, y los vasos chocaron de nuevo.

El anciano viajero sacudía tranquilamente la nieve que cubría su capa, y presentaba á la llama del hogar, para secarlas, sus grandes botas provistas de espuelas.

Al oír las últimas palabras de Samuel, volvió la cabeza y dijo:

—Si amáis á Eva, la pupila de vuestro padre, ¿por qué no os casáis con ella?

Samuel se encogió de hombros.

—¡Oh! ¡Qué sandio eres! ¿Ignoras (y seguramente no lo sabes) que la rubia Eva no tiene más dote que sus cabellos de oro y sus blancos dientes?

—Pero, si vuestro padre es rico, vos lo seréis también.

—¡Este hombre está loco!—murmuró Samuel.—¡Mozo! Sirvele cerveza, simple cerveza. Su inteligencia no está á la altura necesaria para beber vino del Rhin.

El anciano no se incomodó. Lejos de ello, repuso con calma:

—Preferiría un vaso de aguardiente ó de ginebra para entonarme, pues aun he de hacer una larga jornada, y cuando se va á caballo con semejante tiempo se pasa mucho frío, mis jóvenes amigos.

—¡Dadle aguardiente y que se vaya!—ordenó Samuel.—¡Ya me fastidia este hombre!

El anciano no pestañeó.

Bebió un gran vaso de aguardiente, se embozó en la capa, dió cortésmente las gracias, quitóse y se volvió á poner el sombrero, y luego salió.

Los estudiantes le vieron desatar su caballo, cuya brida había pasado por un anillo de hierro, sujeto al muro por la parte exterior, saltar con presteza á la silla y partir al galope.

El tabernero cerró la puerta.

—Has hecho mal, Samuel, en motejar á ese hombre,—dijo un joven estudiante llamado Conrado.—Tiene muy buen carácter.

—Pero es un ganso,—repuso Samuel.

Frantz frunció el entrecejo.

—Pues yo me arrepiento de haberle llamado majadero,—dijo.—A veces no se sabe...

—¿De veras?—exclamó Samuel.

—Y el caso,—continuó Frantz,—me trae á la memoria una aventura desagradable que podría muy bien darte en qué pensar, Samuel.

—¿Es posible?

—Un primo mío, oficial, trató una noche con rudeza á un buen hombre, que no se incomodó. Aquél llegó hasta á tutearle, y éste, que tenía el aire modesto, le habló humildemente en tercera persona. Ahora bien: al otro día, el archiduque pasaba una revista, y mi primo, que estaba á punto de ascender á capitán, por poco no cayó del caballo al mirarle. El uniforme, cuajado de cruces, cubría el pecho del pobre hombre á quien había tuteado la víspera en una taberna del arrabal. Hace diez años de esto, y mi primo todavía no es capitán.

Samuel lanzó al suelo el contenido de su vaso y dijo:

—Tus historias dan sueño, Frantz. ¿Qué puede haber de común entre el pelícano que ha salido de aquí hace poco y un archiduque?

—¡Eh!—dijo un estudiante que hasta entonces había permanecido grave y silencioso.—Si por casualidad conociere á tu padre y le contara...

—¡Eres tres veces imbécil! Mi padre no conoce á nadie.

—¿De veras?—preguntó Débora.

—Vive retirado en su viejo castillo de Kurbsstein, á seis leguas de aquí, y no sale más que una vez al año.

—¡Hé ahí á dónde conduce la gloria!—murmuró el joven Frantz.

Samuel le dirigió una mirada amenazadora.

—Hijo mío,—le dijo,—asesina á mi padre, si te parece bien, pues así heredaré más pronto; pero no te burles de él. Tú bien sabes que ha sido el mejor cómico de Alemania, que las gentes del pueblo tiraban de su carruaje, que los reyes...

—¡Basta, basta!—gritaron los estudiantes.—¡Ya nos has contado eso veinte veces!

—Samuel, niño mío,—dijo Débora;—voy á tener que castigarte, es decir, á darte con la puerta en las narices y enviarte á conquistar á tu rubia Eva, si vuelves á hablarnos de los triunfos escénicos de tu padre.

Cuando aun se estaban riendo de las amenazas de Débora, abrióse la puerta por segunda vez.

—¿Es ésta la taberna del Unicornio?—preguntó un hombre con librea de criado, lanzando una mirada indecisa á los estudiantes.

—Sí,—respondió Samuel;—pero aquí no se admiten criados.

El criado había llegado á caballo, estaba cubierto de nieve y tenía colorada la punta de la nariz.

El rudo apóstrofe del estudiante no le desconcertó. Avanzó tranquilamente hasta el centro de la taberna y, fijando la vista en los bebedores, preguntó:

—¿No está aquí el Sr. Samuel Kloss?

—Yo soy.

Sólo entonces se descubrió el criado.

—Mi amo,—dijo éste,—vengo del castillo de Kurbsstein.

—¡Ah! ¿Estás al servicio de mi padre?

—Sí, señor.

—¿Me traes dinero?

—Sí, señor; y vengo á buscaros, porque vuestro padre se está muriendo.

Samuel pegó un salto de su asiento y se puso en pie, exclamando:

—¡Repíte eso, tunante!

—Señor,—repuso el criado lentamente,—vuestro padre está gravemente enfermo y se teme que muera.

—¡Bah!—dijo Samuel.—Ya me han hecho molestarme por lo mismo más de diez veces, sin provecho alguno. Mi padre es más fuerte de lo que parece.

—Señor,—repuso el criado sin dar muestras de comprender el cinismo que encerraban tales palabras,—voy á la casa de postas, que está aquí cerca, á pedir un carruaje y caballos, y dentro de un cuarto de hora volveré á recogeros.

Y salió.

—¡Vamos, pequeño Samuel!—dijo Frantz.—Te ha llegado el día. Papá va á reunirse á sus antepasados, y tú meterás mano á los florines de oro con la efigie de los catorce soberanos alemanes.

Samuel frunció el entrecejo.

—¡Quién sabe!—dijo.—Mi padre es un glotón á quien le gustan los capones trufados, las buenas tajadas, el puré de cangrejos, y todo eso, combinado, le produce con frecuencia indigestiones, haciéndole creer que se muere. Entonces los criados corren por todas partes, se llama al médico y vienen á buscarme. Yo, tonto de mí, me pongo en camino, y cuando llego, esperando volver millonario, me encuentro á mi padre, alegre y sonriente, que me dice en tono burlón: «—No ha sido nada; pero te aseguro que he tenido mucho miedo.»

—¡Pero ese padre es un idiota!—exclamó Frantz.

—Por lo mismo,—concluyó Samuel,—esta vez no me molestaría si no tuviera la intención de robar á la rubia Eva.

Débora cogió un cuchillo de encima de la mesa, y, echando fuego por los ojos, dijo:

—De modo, que ¿quieres que te mate?
Débora tenía mal vino, y la embriaguez excitaba sus celos.

Samuel le arrancó el cuchillo y lo tiró al suelo.

Luego cogió entre sus robustas manos los delicados puños de la judía, y, mirándola fijamente, dijo:

—¿Quieres que hagamos un trato?

—Según sea.

—Estoy encaprichado por Eva, la necesito... Si te opones, tan cierto como me llamo Samuel, que te abandono inmediatamente.

Una lágrima brilló en los ojos de Débora.

—¿Y si me resigno?—preguntó.

—No es bastante eso: es preciso que me sirvas.

—Bueno. ¿Y si... te... sirvo?

—Te compraré el collar de perlas finas que has visto en la tienda del viejo platero que se hospeda en el hotel del príncipe Carlos.

—Prefiero tu amor.

—Pues no tendrás ni uno ni otro. Elige.

—Pero, en fin,—murmuró la judía.—¿Cómo puedo servirte?

—Tengo una idea.

—Veamos.

—Ante todo, te llevo conmigo.

—¿A dónde?

—Al castillo de mi padre.

—¡Vaya! Está borracho,—exclamó Frantz.

—Pues aun hay más,—continuó Samuel volviéndose hacia los estudiantes.—Necesito á tres de vosotros. ¡Quien me quiera, que me siga!

—¿Se beberá allí?—preguntó una especie de coloso estúpido á quien llamaban Goliat y que siempre estaba borracho.

—¡Ya lo creo!

—Entonces, te sigo.

—Y yo también,—dijo Frantz.

—Y yo,—añadió Fritz, un estudiante novicio que quería aprender en la escuela de Samuel.

—Pero ¿qué es lo que vamos á hacer en Kurbstein?—preguntó la judía.

—Asistiréis al entierro.

—¿Y si tu padre no se muere?

—Me ayudaréis á robar á la rubia Eva.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, oyó chasquear el látigo de los postillones, y el alegre sonido de las campanillas dominó los mugidos del viento.

—¡Vamos! ¡En marcha!—dijo Samuel, que se envolvió en su capa con la gracia de un héroe romano.

—Un momento,—observó Débora;—si tu padre está realmente en la agonía, ¿no será una impiedad llegar así al castillo?

—Por eso os alojaré en el pueblo que está al pie de la montaña, pues mi padre vive junto al cielo, sin duda para no cansarse mucho en llegar hasta él.

Y Samuel, lanzando una carcajada, abrió la puerta de la taberna.

—Muchacho,—dijo al criado de su padre.—Estos amigos míos van á Kurbstein. Harás

parar á la puerta de la *Hospedería del Perro Dogo*.

El postillón, calzado con altas botas, estaba á caballo. Hizo crujir el látigo, y el carruaje partió al trote largo.

—Señores,—dijo Samuel,—quiero creer que los caballos están herrados para ir por el hielo; pues, de no ser así, resultaría probable que mi padre y yo cambiásemos de papeles, siendo él el heredero y yo el difunto. ¡Y á fe que lo sentiría por él, pues hace un momento he echado sobre la mesa, para pagar vuestra borrachera, mi última moneda de oro!

II

El castillo de Kurbstein era casi tan antiguo como el mundo.

Tenía torrecillas con garitas de piedra, cruías ojivales y almenas que hacían echar de menos los tiempos feudales.

Rodeábale un hermoso bosque de abetos, casi tan viejo como él, y una roca le servía de base.

Con un poco de imaginación, bastaba verle enmohecido, verduco, ruinoso, para soñar con caballeros cubiertos de hierro, con castellanos de largo corpiño y limosnera al lado, con pajes vestidos de terciopelo y con criados de holgadas casacas.

¡Y sus leyendas!

Jamás pueblo alguno de las orillas del Rhin, coronado de pámpanos silvestres, tuvo tan maravillosa historia.

Dios se había alojado allí; el demonio había estado á punto de ahogarse en una pila de agua bendita; un marido celoso se había creído en el caso de arrojar de lo alto de las almenas á un pobre diablo enamorado que contaba á la esposa una historia anacreóntica.

Tampoco faltaban fantasmas.

Uno se aparecía á media noche, decentemente cubierto por un sudario, con dos agujeros en vez de ojos, y descarnadas tibias en lugar de piernas.

Al caer la tarde, cuando la sombra subía de la llanura, el leñador se santiguaba al pasar junto al puente levadizo.

Si se le hacía de noche, cantaba para darse valor, echaba á correr y llegaba á su casa con fiebre.

En la parte inferior de un parque en forma de anfiteatro, había una cruz, plantada, según se decía, sobre la tumba de un castellano estrangulado por Satanás.

Todas estas siniestras tradiciones no impidieron que una mañana, veinte años antes de los sucesos que se están refiriendo, una silla de postas subiese el áspero y tortuoso camino de la montaña, llegando hasta los muros del castillo.

De ella bajó un viajero, joven aún, seguido de otro personaje pequeño, grueso, con corbata blanca, vestido de negro, con el traje, en fin, propio de un hombre de ley.

El primero tenía el rostro inteligente, la voz potente y sonora, los ademanes tal vez algo

afectados y el andar de un hombre habituado á mostrarse en público.

El hombre de ley, que era un notario de la ciudad vecina, encargado de vender la antigua posesión, le llamaba unas veces *Vuestra Señoría*, y otras, *Vuestra Alteza*, lo cual divertía mucho al viajero.

Gustóle el castillo que se vendía por unos cuantos miles de florines.

Lo compró, y al pie de la escritura de venta puso su nombre, que hizo dar un paso atrás al notario.

Aquel nombre, compuesto de cuatro consonantes y una vocal, impresionó al buen hombre con más viveza que si hubiera visto escrito el del rey de Prusia, del archiduque Fernando de Austria ó del emperador Alejandro de Rusia. El comprador había firmado sencillamente:

KLOSS

Pero Kloss, para los alemanes, desde el Rhin al Danubio, desde el Adriático á Venecia, era algo así como Talma ó la Rachel para nosotros.

El notario saludó todavía más profundamente que si se hubiera tratado de una Alteza Serenísima ó Real.

El actor Kloss dejaba el teatro y buscaba un retiro.

Había atravesado por la mañana un lindo valle, luego una coquetona aldea, y, por fin, al levantar la cabeza, había visto el castillo, asentado sobre la roca como un nido de águilas.

Seis meses después, una multitud de obreros convertían el castillo abandonado en una cómoda morada, y, desde hacía veinte años, el actor Kloss, que se había vuelto misántropo, vivía allí invierno y verano.

Pero las leyendas no habían abandonado á buenas la plaza: los fantasmas habían resistido.

Decíase que, á veces, durante las noches silenciosas y claras, un demonio hembra cantaba trozos de ópera, y que los desgraciados que se detenían á oír su voz encantadora marchaban con el corazón perturbado.

A veces también, cuando la luna era clara, se veía á una mujer, con traje blanco, deslizarse ligera por entre los abetos.

Los aldeanos no se convencían y continuaban mirando el castillo como un lugar maldito.

Ahora bien: aquella fría noche de invierno, en que el estudiante Samuel había salido de Heidelberg en alegre compañía, y dos horas después de su marcha, la silla de postas entró en el pequeño pueblo de Kurbstein.

Eran aproximadamente las dos y media de la mañana, el camino estaba helado, y, al detenerse ante la *Hospedería del Perro Dogo*, á cuya puerta armaron Samuel y sus compañeros un estrépito infernal, declaró el postillón que era imposible subir en carruaje la senda que guiaba al castillo.

—Pues bien,—dijo Samuel;—subiré á pie.

El posadero se había levantado y acudió con las criadas.

—Vas á hospedar como grandes señores á esta señora y á estos caballeros,—dijo el estudiante.—Yo pago.

El hostelero saludó.

—Señor,—dijo el criado,—ya sabéis el camino. Dispensadme que no suba con vos, pero he de avisar al cura.

Samuel se echó á reír.

—¡Vaya!—dijo.—Parece que la cosa toma un aspecto grave. ¿Si decididamente estaré á punto de pasar á la situación de heredero?

Y añadió, volviéndose al criado:

—¿Sabes si está abierta la puerta del parque?

Al oír hablar del parque, el posadero se santiguó.

—¿Pensáis acaso atravesar el parque?—preguntó con espanto.

—¿Por qué no?

—Pero... caballero... pensad que... á esta hora está lleno de fantasmas.

Samuel lanzó una nueva carcajada.

—¡Ah!—murmuró el posadero con terror.—Sois impío, y Dios os castigará.

El joven le miró burlonamente.

—Y además,—añadió el posadero,—si, como se dice, es verdad que vuestro padre está á punto de morir, tened cuidado, pues si os encontraseis al enano blanco...

—¿Qué es eso del enano blanco?

—Un fantasma que no se presenta más que los días de duelo.

—¡Magnífico!—dijo Samuel.—¡Ojalá me tropiece con él!

El posadero hizo nuevamente la señal de la cruz.

—¡Este hombre está condenado de antemano!—dijo en voz muy baja.

Samuel preguntó:

—Y ¿qué es lo que sucede á quien se encuentra al enano blanco?

—Que está triste toda su vida.

Samuel se encogió de hombros.

—Buenas noches,—dijo.—Arriba deben estar esperándome.

Envolvióse en su capa, dió un beso en la frente á Débora y partió.

La noche era clara como una alborada de junio.

La luna hacía resplandecer la nieve, y los abetos brillaban con la escarcha como los árboles de Navidad.

—Vaya, vaya,—se decía Samuel;—cuando van á buscar al cura, es que la cosa va de veras.

Sacó un eslabón del bolsillo y encendió su cigarro.

Luego empezó á subir la cuesta á buen paso y dirigiéndose el monólogo siguiente:

—De modo, que ¿papá está haciendo su equipaje para irse al otro mundo? Eso está muy bien; pero aun estaría mejor que se hubiese marchado ya cuando yo llegara. No me gustan las despedidas: son insoportables. Hay gen-

tes que lloran, y es preciso hacer lo que ellas. Yo soy nervioso, y tales escenas me ponen malo. Y ahora, Samuel, amigo mío, nada de tonterías. Cuando se debe entrar en el mundo con dos ó tres millones de florines, es preciso estar bueno, evitar las emociones y ser razonable.

Cuando se trazaba esta prudente línea de conducta, llegaba á la puerta del parque.

Esta se hallaba entreabierta.

El hombre que jamás ha tenido miedo, no existe; el que pretende haber sido siempre igualmente bravo, es un embustero, á menos que no sea un completo cobarde.

Un día, Turena vió llegar á su campamento á un joven hidalgo, capitán por derecho de nacimiento.

—¡Ea, caballero!—le dijo.—Sois de buena raza y espero que sabréis honrar vuestro nombre.



De pronto, se detuvo con emoción, y, á pesar de su bravura, erizáronsele los cabellos

Samuel Kloss se volvió y vió la aldea á sus pies.

La aldea dormía bajo su manto de nieve.

Sólo la hospedería del *Perro Dogo* estaba todavía iluminada y, en medio del silencio de la noche, llegaron hasta el estudiante las risas de sus camaradas.

—¡Bravo!—dijo.—Esos muchachos se divierten. He hecho bien en traerlos conmigo.

Luego franqueó la puerta del parque, buscó su camino en la nieve y dió algunos pasos.

Pero, de pronto, se detuvo con emoción, y, á pesar de su bravura, erizáronsele los cabellos.

Una forma blanca pasaba por entre los abetos.

—¡Ah!—exclamó, pensando, como los leñadores, en darse valor hablando alto.—Conque ¿es verdad que hay aparecidos?

Pero, al ver que la forma blanca parecía dirigirse hacia él, experimentó súbito malestar, y sus piernas flaquearon.

—Mariscal,—repuso el capitán imberbe,—jamás he tenido miedo.

—¿De veras?—exclamó Turena.—Entonces, sois más valiente que yo, porque, cuando despabilo una luz, tiemblo de miedo de apagarla.

Samuel Kloss pasaba, en la buena Universidad de Heidelberg, por ser un mozo que no retrocedía ante nada.

Se batía alegremente, atravesaba un cementerio fumando su pipa, negaba á Dios y se prometía tutear al diablo, si llegaba á encontrarsele.

En Heidelberg habíase acabado por decir:

—Valiente como Samuel.

Y, sin embargo, á la vista de aquella sombra blanca que marchaba hacia él, el bravo tuvo miedo.

Detúvose, sus piernas flaquearon, y un sudor frío inundó sus sienes.

—Hijo mío,—se dijo á sí mismo,—creo que harías bien en volver atrás.

Pero *querer* y *poder* son dos cosas distintas

para el hombre, aunque á veces no sean sino una para la mujer.

Samuel parecía clavado en el suelo.

Y el fantasma continuaba avanzando.

Era muy pequeño, como un enano, y sus horribles formas, su disforme contextura, se dibujaban bajo el sudario en que iba envuelto.

Cuando se halló á tres pasos de Samuel, se detuvo.

Aquella parada permitió al estudiante recobrar algún valor.

Su paralizada lengua se desató.

—¡Eh!—dijo.—Encantador espíritu infernal: ¿eres verdaderamente el enano blanco?

El fantasma dió un paso más é inclinó la cabeza de arriba abajo.

Samuel había bebido con exceso, y el vino da valor.

—¿Es cierto,—dijo,—que sólo apareces los días de duelo?

—Sí,—hizo el enano con la cabeza, pero sin pronunciar palabra.

—Entonces, ¿mi padre va á morir?

El enano permaneció inmóvil.

—¿Es que ha muerto ya?

El enano hizo un signo afirmativo.

Luego echó á andar de espaldas lentamente, hasta llegar á un matorral, detrás del cual desapareció.

III

Samuel permaneció inmóvil durante la retirada del enano; pero cuando la forma blanca hubo cesado de ser visible recobró su imperio el carácter burlón del estudiante.

—Vamos,—dijo;—ese enano es, en el fondo, un excelente sujeto. Hé aquí que mi padre ha muerto, y esto va á simplificar singularmente mi conducta.

Así como había recobrado el uso de su lengua, recobró el de sus piernas y volvió á ponerse en marcha.

El camino llegaba hasta el castillo y tenía huellas de numerosos pasos.

El parque sólo estaba separado del patio de honor por una verja.

Y la verja se hallaba abierta.

Samuel atravesó el patio y se detuvo un momento al pie de la escalera.

Al ruido de sus pasos, acudió un criado, con una antorcha en la mano.

—Seamos hipócritas,—se dijo Samuel.—Eso va bien, pues los plebeyos son fanáticos por el sentimiento.

Llevóse el pañuelo á los ojos y fingió llorar.

—¿Cómo está mi padre?—preguntó con lamentable acento.

El criado bajó la cabeza sin responder.

Samuel lanzó un grito desgarrador que terminó en un sollozo.

Luego subió con presteza la escalera y entró en la alcoba de su padre.

El sombrío espectáculo de la muerte se presentó ante sus ojos.

Dos cirios ardían sobre una mesa, cerca de

un vaso de agua bendita, en el cual se había introducido una rama á guisa de hisopo.

Habíanse separado las cortinas del lecho, y Samuel vió una forma humana cubierta con un lienzo blanco.

Al pie del lecho, lloraban, arrodillados, un hombre y una mujer.

Samuel se detuvo un momento en el umbral.

La mujer que lloraba no era otra que la rubia Eva, aquella pupila sin dote que Samuel reservaba para sus condenables apetitos.

—Decididamente,—se dijo el estudiante,—el cura á quien han ido á buscar tendrá tanta suerte como yo: llegará tarde.

La rubia Eva, absorta en su dolor, ni se movió ni vió á Samuel.

Pero el hombre se levantó y Samuel dió un paso atrás.

Acababa de reconocer á aquel anciano de buena pasta, á quien había maltratado de palabra en la taberna del *Unicornio*.

El anciano se dirigió á él con aire dulce y triste.

—Sr. Samuel,—le dijo,—soy médico, y vuestro padre, amigo mío desde hace treinta años, sintiéndose cerca de la muerte, me había mandado llamar; pero sólo he llegado á tiempo de recoger su último suspiro.

Samuel estaba pálido y miraba al doctor con una especie de espanto.

—¡Oh!—añadió el buen hombre con ingenua sonrisa.—Tranquilizaos: no le he dicho nada.

Samuel respiró:

—Corriente,—dijo,—más vale así. Sois un digno hijo de Esculapio, y se os recompensará generosamente vuestra visita.

El doctor saludó como hombre á quien no es indiferente ese metal amarillo que el difunto Scribe calificaba de químera.

—Contando con vuestra generosidad,—dijo,—pensé que no era prudente...

—Muy bien, muy bien. ¡Oh médico de mi corazón! ¡Si las conveniencias no me lo impidiesen, te estrecharía entre mis brazos.

Estas palabras habían sido cambiadas en voz baja. Sin embargo, un rumor confuso llegó á oídos de Eva.

Volvióse, vió á Samuel y corrió á él.

Una sonrisa brillaba á través de sus lágrimas, como un rayo de sol que atraviesa una nubarrada del mes de marzo.

Eva amaba á Samuel con el casto é ingenuo amor que la encantadora palabra del seductor había hecho nacer en ella.

—¡Ah! ¡Amigo mío, hermano mío!—dijo.—Llegáis demasiado tarde.

Samuel, que sabía desempeñar su papel á la perfección, la cogió en sus brazos y le dió un beso en la frente.

—¡Querido padre!—murmuró Eva.—Conque ¿es cierto que no le veremos más?

Eva era alta y esbelta. Tenía abundantes cabellos rubios y ojos azules como el cielo que se refleja en los mares de Oriente.

Estaba encantadora, á despecho de sus lá-

grímas, y Samuel hubiera debido caer de rodillas y suplicar á Dios que se la concediera por esposa.

Pero Samuel era un hombre fuerte, y la rubia cabellera, los azules ojos, el llanto de la niña, todo eso, no le conmovía poco ni mucho.

Sin embargo, tenía la palabra persuasiva y los ademanes afectuosos.

Su voz era simpática, y la joven se estremió de alegría cuando él le dijo:

—Seréis mi esposa, Eva, y lloraremos juntos á ese buen padre que acaba de abandonarnos.

—Caballero,—le dijo el médico, mudo espectador, hasta entonces, de aquella escena;—el Sr. Kloss, vuestro padre, me entregó su testamento una hora antes de morir, y me recomendó que sólo vos y yo asistiésemos á su apertura.

—Corriente,—repuso Samuel;—estoy dispuesto á seguiros; pero antes ¿no me será permitido contemplarle por última vez?

Y se acercó al lecho, apartó el sudario, y puso al descubierto una cabeza blanca, con los ojos cerrados: una cabeza de muerto.

Bajo pretexto de abrazar al difunto, Samuel se inclinó y pegó su oído sobre el pecho de aquél.

El corazón no latía.

Besó la mano que pendía inerte bajo la cortina.

La mano estaba fría.

—Todo está en regla,—se dijo.—De esta hecha soy verdaderamente millonario.

Estrechó ambas manos de la rubia Eva, y siguió al médico á la habitación inmediata.

El testamento del actor Kloss estaba sobre la mesa.

Samuel abrióle y leyó:

«Mi querido hijo:

»Pocas horas antes de mi muerte trazo estas líneas, que son mi testamento. Eres mi hijo único, y no permita Dios que distraiga un solo florín de tu herencia. Te instituyo mi heredero universal...»

—Eso está muy bien,—murmuró Samuel, interrumpiendo la lectura.—Reconozco que mi buen padre tenía excelentes cualidades. Continuemos.

«Sin embargo, amigo mío, tengo una pupila, una pobre huérfana, hija de un camarada, muerto en Francia hace diez y siete años, y que me la recomendó. Te dejo una gran fortuna, eres rico; Eva, pobre; y el más caro, el último de mis votos, es que te cases con ella: esta esperanza endulza mis últimos instantes.

»Eva es hermosa, tiene un corazón de oro, y te hará el más feliz de los hombres.

»Cuándo yo muera, llévala á Francia, donde tiene una tía, hermana de su madre, y, cuando termine el luto que llevéis por mí, casaos. Yo os bendeciré desde el fondo de mi tumba.

»Antes de dejar la pluma, mi querido hijo, permite que te perdone las locuras de tu ju-

ventud. Como tú, yo fui aturdido, calavera; pero el recuerdo de mi padre me llevó pronto de nuevo al camino recto.

»Hay más: cada vez que iba á cometer una falta, me parecía ver á mi padre ante mí, y esta saludable alucinación me impedía faltar á mis deberes.

»Recuérdalo, amigo mío, y haz el bien. La vida es corta para los buenos; demasiado larga para los malvados. Adiós.

»Kloss.»

Samuel se encogió de hombros al leer esta última frase.

—¿En qué melodrama habría aprendido eso?—se preguntó.

—Sr. Samuel,—dijo el médico sin perder su habitual bonachonería,—ya lo veis: vuestro padre deseaba ardientemente que os caséis con su pupila.

Samuel fijó en el anciano una mirada fría y altanera.

—Decid,—le preguntó.—¿Cómo os llamáis?

—Ulrico Hauman.

—¿Sois médico?

—Sí.

—¿Dónde ejercéis?

—En Manheim.

—¿Cuánto os hacéis pagar por vuestras visitas?

—Eso es según...

—Pero, en suma...

—De los pobres, medio florín; de la clase media, un florín entero...

—¿Y de los ricos?

—Lo dejo á su generosidad,—repuso humildemente el anciano.

La pieza donde ambos se encontraban era el despacho de Kloss.

El estudiante se levantó, dirigióse á un mueble cuyo destino conocía, abrióle y tomó un saco de plata.

Luego se lo arrojó al médico, diciéndole:

—Ahí tenéis, buen hombre. Volved á ocuparos en vuestros enfermos y no os metáis en lo que no os concierne.

El médico recogió el saco, y se lo metió en el bolsillo.

—¡Dios bendiga vuestra generosidad!—dijo humildemente.

Y salió.

—¡Uf!—exclamó Samuel, abriendo la ventana.

Inclinóse hacia fuera, expuso su rostro al aire libre y helado de la noche, y murmuró:

—¡Veamos cómo respira un millonario!

La ventana daba sobre el parque, bañado por la luz de la luna.

La hospedería del *Perro Dogo* continuaba iluminada, y el viento, que doblaba las peladas copas de los abetos, llevó al joven heredero un rumor lejano de risas y un trozo de canción báquica.

(Se continuará)

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA